



LEGADO

Tres textos de Manuel José Arce Leal

El 13 de mayo de 1935 nació Manuel José Arce Leal, poeta, dramaturgo, novelista y periodista guatemalteco fallecido en la ciudad de Albi, Francia, el 22 de septiembre de 1985.

En esas dos breves líneas podría resumirse la noticia de sus 50 años de vida, a los que se agregaron, ahora, los 35 de su ausencia material.

En suma, en este aciago mayo de 2020, se cumplió el 85 aniversario del natalicio de quien fuera uno de los más relevantes intelectuales guatemaltecos de la segunda mitad del siglo XX. Publicamos a continuación tres textos clásicos del enorme legado que dejó a Guatemala.¹

Yo no quisiera ser de aquí²

Yo no quisiera estar aquí.

Amo, con todo lo que soy, este suelo y su gente. Por eso mismo, sufro de manera atroz. Por eso mismo me duele hasta el aire que pasa. Por eso mismo no quisiera estar aquí.

No quisiera ser de aquí. No quisiera amar tanto a este país, a esta gente. El amor se me transforma en dolor. Y eso no es

1. Para un acercamiento al legado literario de Manuel José Arce Leal, véase Dardón, Mario René (2008) Vida y obra de Manuel José Arce. Tesis de maestría en Docencia Universitaria. Facultad de Humanidades, Universidad de San Carlos de Guatemala. Accesible en http://biblioteca.usac.edu.gt/tesis/07/07_1920.pdf

2. Esta versión fue tomada de <http://lacunadelsol-indigo.blogspot.com/2011/09/manuel-jose-arce-leal-dos-modelos-de.html>

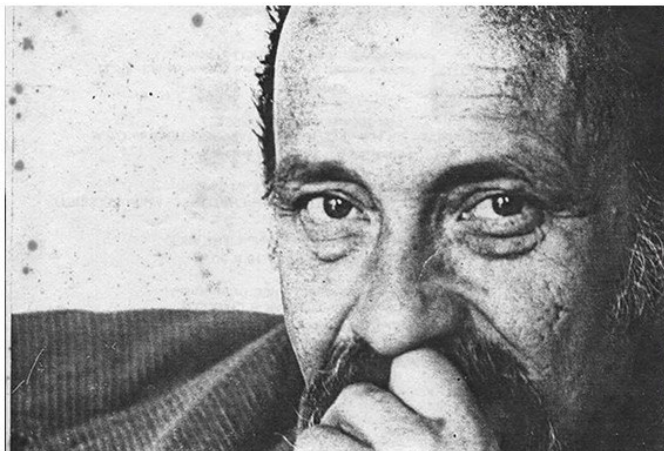
justo. El amor ha sido siempre alegre, constructivo, sinónimo de felicidad y de optimismo. Yo amo mi país. Y es un amor triste, impotente, infeliz, que me duele, que todos los días tiene nuevas llagas, que siempre está más y más crucificado.

Veo su mapa cercenado, una y otra vez. Veo su historia de burlas crueles, sangrientas. Veo su geografía amenazada por el planeta. Veo a sus moradores misérrimos, ignorantes, enfermos, raquíticos, hambrientos. Veo su suelo ubérrimo, inútilmente ubérrimo, para la mayor parte de sus habitantes. Veo su violencia progresiva, galopante. Veo, siento, vivo su tragedia incesante. Y me duele. Me duele tanto como me duele decir: "Yo no quisiera estar aquí", "yo no quisiera ser de aquí".

Porque ser de aquí es una enfermedad incurable. Uno se va, y entonces, la nostalgia. Uno se va, pero las noticias lo persiguen, los ojos buscan siempre un algo de aquí, la distancia castiga. Uno se va. Pero aunque se vaya, no se va: uno anda llevando su Guatemala adentro, como un amado cáncer, como una idea fija, como un verde corazón que siempre duele al palpar y que palpita siempre. Yo no quisiera estar aquí. Yo no quisiera ser de aquí. Y aunque me duele el dolor del mundo, perdóneseme, pero me duelen menos otros países, que éste.

Me voy, a veces. Me meto en un libro y me voy. Tomo un pasaje de canción o recuerdo y me voy. Tomo un pasaje de canción o recuerdo y me voy. Escribo una carta, me meto con ella en el sobre, me pongo en el correo y me voy. Pero dura muy poco mi viaje: desde adentro de mi mismo este país -este pequeño y cruel país-, se me hace presente, me sangra, me duele.

Cuánto amor en el dolor. Cuánto dolor en el amor. Que dura eres Guatemala.



(Foto, <https://www.prensalibre.com/hemeroteca/semblanza-de-manuel-jose-arce/>)

Cambios³

El mundo está cambiando muy de prisa. Tanto, que ya me cuesta acostumbrarme al modo de las cosas, pues ocurre que cuando uno ha empezado a conocerlas, han pasado y ya la gente las está olvidando.

¿Cómo era el mundo de mi bisabuelo? Caballos o carruajes, daguerrotipo y las enfermedades resumidas en tres o cuatro nombres; barcos de vela o de vapor, telégrafo y el tren como un gran monstruo de progreso.

Entre él y mi abuelo, para diferenciarlos, el teléfono, un modelo de rifle, la luz eléctrica, no sé si la quinina, algunas guerras y el gran canal de Panamá. Sus ojos retemblaron asombrados de lo que vio mi padre con la mirada joven: el automóvil, la aviación, el radio, la primera guerra universal, las solfas y el fonógrafo, la maravilla de los submarinos.

3. Tomado de <http://lacunadelsol-indigo.blogspot.com/2017/11/escritos-de-manuel-jose-arce.html>

A mí me toca, en cambio, hablar de una segunda guerra horrible y el miedo de otras peores, de las bombas atómicas, los jets, de la penicilina, la cortisona y la televisión, de Corea y Vietnam y el Medio Oriente, de los misiles y las excursiones al suelo de la Luna y acaso hasta el de Marte, de las computadoras increíbles y tantas más cosas que ni entiendo, ni trato de entender.

Entre mi bisabuelo y el mundo de mi abuelo cambiaron pocas cosas fundamentales o determinantes. Entre éste y mi padre, ciertamente hubo cambios más graves. Entre mi padre y yo, ya el mundo no fue el mismo.

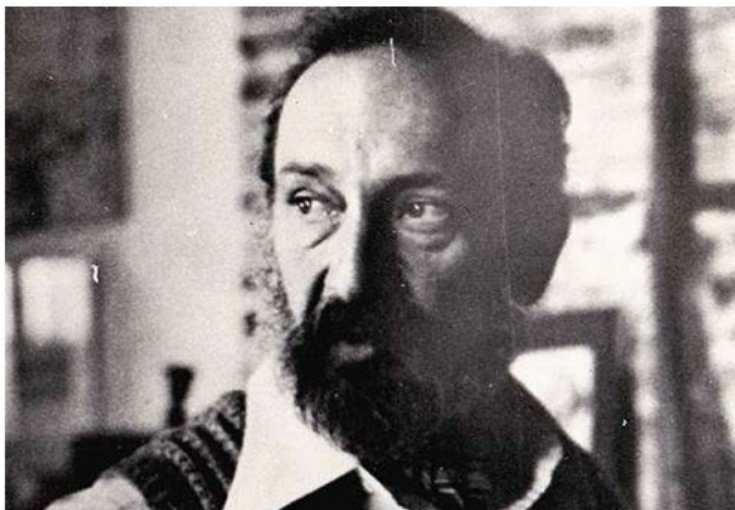
Pero entre yo y mis hijos, el mundo está cambiando cada día, los patrones de vida cada día son otros, los conceptos vitales se transforman casi cada mañana. Hasta el idioma que hablan es distinto del mío. No los entiendo a veces y no sé si me entienden. El modo de vestir, el pensamiento, el material de uso, todo cambia de un día para otro y de modo incesante.

Yo ya no entiendo al mundo. Vuelvo a caer en las enumeraciones: el L.S.D., la homosexualidad como una industria, las sucias guerras comerciales, el encogerse de hombros y el buscar las salidas en la fuga.

Hace apenas veinte años todo era diferente. Por lo menos, así me parecía. A guisa de aventura, nos poníamos una borrachera de ron barato, alegres, agresivos. Es cierto, había algunos mariguanos y algunos maricones para la burla y risa de la gente. Cuando moría un hombre asesinado se nos paraba el pelo y en meses no se hablaba de otra cosa.

No entiendo. Digo, no, no entiendo el mundo.

Creo que cada día se envejece más pronto.



(Foto, <https://www.prensalibre.com/hemeroteca/semblanza-de-manuel-jose-arce/>)

Yo⁴

No. Yo no soy proletario. Ni burgués. Lo lamento. Y por suerte.

Soy escritor.

Digamos -porque es muy vago el término “escritor”- que tengo casa, un automóvil de segunda mano pagado por abonos, todos saben leer en mi familia, todos somos calzados y gozamos -incluso- de algunos privilegios: agua caliente y refrigerador, televisor, cocina y luz eléctrica, agua potable, libros y comida, ropa y hasta sirvienta. Tengo un sueldo mensual, un escritorio y una tarjeta de control que marco en mis horas de entrada y de salida y que comprueba que no estafo a nadie.

No, yo no soy burgués ni proletario. Soy escritor.

4. Tomado de <http://lacunadelsol-indigo.blogspot.com/2017/11/escritos-de-manuel-jose-arce.html>

Escribo en hurto de minutos al sueño y al trabajo. Escribo versos. Escribiré algún día una novela. Lo hago, lo empecé a hacer, por puro gusto de ver cómo se juntan las palabras según el orden que yo quiera darles. ¿Y quién no escribió versos cuando tuvo quince años? Me sucede que yo me quedé haciéndolos, se me volvió costumbre y aquí estamos.

Soy, pues, un escritor. Aunque no vivo de las palabras que amonto en versos. Creo que en mi país nadie lo hace.

Resulta, en fin, que soy de clase media. Un pequeño burócrata, digamos, con aficiones líricas. O un pequeño burgués. Algo pequeño.

Quiero ascender, igual a todo el mundo. Pero de arriba empujan hacia abajo. La puerta está cerrada. Los caminos resultan transitables para otros más audaces que yo, con más empuje, que se han parado sobre mi cabeza mientras yo escribo versos. Y si mantener esto que he ganado -que gano cada día- cuesta tanto, ¿ascender? Punto menos que imposible.

Y además, los que están más abajo que nosotros nos tiran de los pies: quieren treparse. Los pequeños objetos que me hacen la vida soportable -mi automóvil pagado por abonos, mi traje de dacrón, mi ir a cenar a veces con la esposa a la calle, y algunas otras cosas- me las envidian y me las enfurecen.

No me gusta que nadie envidie a nadie. Ni que me falten cosas, ni que a otros les falten. Me retuerce las tripas mirar a niños con hambre y ver gente que goza de lo lindo con el trabajo de otros. No sé. Me gustaría estar arriba. Pero soy solidario con los que están abajo.

Naturalmente, creo que el mundo no anda bien. Que hay que arreglarlo. Pero a veces me da miedo pensar: hay tanta gente que se ha muerto por eso. Además, uno piensa y todo sigue igual. Uno dice lo que piensa y entonces ocurre una de dos cosas: o nadie le hace caso o se le lleva a uno la tostada. Si nadie le hace caso, piensa que con decir no es suficiente para cambiar las cosas, y empiezan los balazos y los muertos.

Por todo eso, me da miedo pensar. Al fin de cuentas soy pequeño-burgués, no proletario. Escribo versos. No me meto en nada. Y no obstante, me siento responsable por un montón de cosas tristes, amargas, de las que hablo ahora.

Para empezar, digamos: nací en un pueblo subdesarrollado.